

# UNA ESPIRITUALIDAD PARA TIEMPOS DIFÍCILES

Prof. Juan de Dios Martín Velasco

Aula de Teología  
20 de Marzo de 2012

## INTRODUCCIÓN

“Espiritualidad” es una palabra que se puede decir, no solo está de actualidad, sino incluso de moda. Hace poco leía de alguien que frecuenta mucho las redes, que la palabra aparece en páginas de distintos lugares por centenares de miles de veces, en España, Francia, Italia, Alemania... y que en los países de habla inglesa varios millones de entradas responden al contenido de esta palabra.

Está de moda y es de actualidad, las dos cosas, con mucha razón y respondiendo a muchos de los aspectos importantes, tanto de la situación cultural como de la situación religiosa. Cuando una palabra se utiliza tanto, es inevitable que se haga en sentidos notablemente diferentes; por eso, me parece indispensable, aunque sea una introducción que seguramente habrán escuchado más veces, referirme un poco al significado más estricto posible de la palabra.

### 1. HISTORIA DE LA PALABRA “ESPIRITUALIDAD”

La palabra “espiritualidad” es la traducción, casi la transcripción, de una palabra latina, *spiritualitas*. El sustantivo “espiritualidad” comenzó a utilizarse, sobre todo por autores cristianos, notablemente después que el adjetivo “espiritual”, el cual está ya en las cartas de S. Pablo, quien habla de “lo espiritual” en dos sentidos un poco diferentes:

- Como la vida según el Espíritu -de Dios- que se opone al hombre “carnal”; “carnal” referido no a la parte corporal del ser humano, sino a la vida que no se deja guiar por el Espíritu de Dios, que se guía por el espíritu del mundo.

- El segundo se encuentra en un texto que ha influido muy considerablemente en toda la reflexión interior sobre “lo espiritual” en la tradición cristiana; San Pablo en la Carta a los Tesalonicenses, les dice que *desarrollen su ser entero, cuerpo, alma y espíritu y lo guarden puro hasta la venida del Señor*. Lo cual supone una novedad, porque la antropología griega de la época era dual, hablaba de alma y cuerpo, y S. Pablo introduce el término “espíritu”, distinto de alma, para referirse a esa dimensión del ser humano por la que éste entra en comunicación con lo divino. Es, como si dijéramos, el lugar de esa imagen de Dios que es el hombre; el aspecto de su ser que “toca” con lo divino.

A partir de estos dos significados, el adjetivo “espiritual” ha sido utilizado a lo largo de toda la tradición cristiana para aplicarse a todo lo que tenía que ver con la vida religiosa, maestros espirituales, ejercicios espirituales, etc. En cambio, el sustantivo “espiritualidad” ha sido utilizado más tardíamente. Es curioso que, por ejemplo, San Juan de la Cruz y Santa Teresa utilizan el adjetivo “espiritual” constantemente y, que yo sepa, no utilizan la palabra “espiritualidad” ni una sola vez en sus numerosos escritos.

Fuera de esta resumidísima alusión histórica, conviene subrayar seguramente que la palabra “espiritual” ha venido refiriéndose a tres campos distintos:

- En primer lugar, significa todo lo relativo a la vida según Dios, según su Espíritu.

- En el terreno de la antropología y de la filosofía, se refiere a un aspecto o un nivel del ser humano; el “ser espiritual”, que se distingue por el uso de facultades que van más allá de los sentidos corporales y le ponen en comunicación con valores más altos.

- En el terreno del derecho eclesiástico “spiritualia” se refiere a las realidades del ámbito religioso o ecklesiástico frente a “temporalia” que remite al orden de lo profano o secular.

Como noción previa que sirva para orientar el discurso que sigue, podríamos proponer ésta: Es la forma de vida de personas que basan la comprensión de sí mismos y su realización en el mundo y en la historia, en una opción fundamental por valores trascendentes capaces de dar un sentido a la vida. Espiritual tiene que ver con valores de otro orden, aquellos que valen por sí mismos y que, porque valen, hacen valioso al ser humano.

“Espiritualidad” significa también el ejercicio de unas facultades humanas en las que se expresa lo más íntimo del hombre, lo más propio de él.

La palabra “espiritual” había sido utilizada durante mucho tiempo casi exclusivamente en el terreno de lo religioso; se hablaba de “espiritualidad cristiana” y, cuando comenzaron a ser conocidas las religiones de otras latitudes, de “espiritualidad budista”, “espiritualidad islámica”, “espiritualidad hindú”, etc.

Recientemente, aunque con un antecedente en la época helenista de la filosofía, también ha comenzado a utilizarse la palabra “espiritualidad” para referirse a fenómenos no estrictamente religiosos; y ha comenzado a hablarse de “espiritualidades laicas” o no religiosas.

Esto ha pasado a ser ya un hecho aceptado también en los medios cristianos con toda normalidad. Una congregación general de los jesuitas escribía: *la vida espiritual de los seres humanos no ha muerto, simplemente se desarrolla fuera de las Iglesias e incluso fuera de las religiones.*

Antes de abordar la exposición de la espiritualidad cristiana, voy a referirme a la situación actual desde el punto de vista espiritual y a las espiritualidades no religiosas.

## **2. COMPLEJA SITUACIÓN ACTUAL EN RELACIÓN CON LA ESPIRITUALIDAD**

En cuanto a la situación espiritual de nuestro tiempo, es evidente que la evolución de la humanidad a lo largo de la época moderna ha ofrecido una gran cantidad de progresos que han hecho posible una vida espiritual más digna.

Se achacan al mundo moderno muchos males, pero no se le pueden dejar de atribuir también logros muy importantes que han favorecido el desarrollo de la vida espiritual. Recordemos el desarrollo científico, el caudal de conocimientos que ha puesto al alcance de las personas, la extensión de grandes masas de conocimientos para el conjunto de la población, los avances técnicos que permiten al hombre moderno disponer de fuerzas naturales a cuya merced estaba antes, el reconocimiento de los derechos de la persona, la extensión de la tolerancia, la puesta en marcha de movimientos de liberación, la mayor sensibilidad a la solidaridad, una conciencia más aguda de la justicia social... Todos ellos son aspectos de la cultura aportados y sobre todo extendidos por la modernidad y que, sin duda, dan a la espiritualidad en nuestro tiempo un contenido mucho más rico que el que poseía en tiempos antiguos.

Pero también es verdad que la forma concreta de desarrollarse la modernidad ha llevado a que todos estos recursos, que podrían haber hecho crecer de forma notable a la humanidad en el terreno de la espiritualidad, han acarreado también fenómenos que han comprometido el desarrollo espiritual de la humanidad..

Todo el siglo XX está lleno de testimonios de grandes pensadores, algunos de ellos no creyentes o no cristianos, que han insistido en la necesidad de dar un suplemento de alma, de espíritu en definitiva, al progreso humano que se estaba construyendo. Karl Jaspers se refirió a ello también en un libro titulado justamente “La situación espiritual de nuestro tiempo”. Cabe recordar también los alegatos contra la pobreza espiritual del mundo desarrollado de un Gabriel Marcel, “Los hombres contra lo humano”, G. Friedmann, E. Fromm: “Tener o ser” y “El psicoanálisis de la sociedad contemporánea”...

Hasta tal punto se han fijado algunos en los elementos negativos del desarrollo concreto de la modernidad en relación con lo espiritual que, hace pocos años, se llegó a escribir un “Manifiesto contra la muerte del espíritu”, en el cual, Álvaro Mutis alzaba su voz contra la profunda pérdida de sentido que conmueve a la sociedad contemporánea, contra la reducción de dicho sentido a la función de preservar y mejorar la vida material de los hombres, contra el estrechamiento del horizonte existencial a incrementar al máximo la producción de objetos, productos y esparcimientos puestos al servicio de nuestro confort material... El manifiesto alertaba finalmente sobre una situación en la que se corre el peligro de que quede aniquilada la vida del espíritu. El mecanismo de “des-espiritualización” contra el que se levantaba el manifiesto es descrito como “el proceso que ha llevado a que la ciencia que ha producido el desencantamiento del mundo haciendo posible el progreso, el aumento de bienes y las conquistas materiales, intente ahora dar cuenta también de lo espiritual haciendo al hombre dueño del sentido y los valores sobre los que en realidad se asienta su vida y que son los únicos capaces de prestarle sentido y orientación”.

Probablemente el aspecto de la cultura actual que muestra de manera más clara el peligro de pérdida de lo espiritual es el hecho de que, el desarrollo económico haya llevado a muchas personas a dar la primacía en la escala de valores, a lo económico como tal. “La transvaloración de valores que había propuesto Nietzsche ya se ha consumado, se ha escrito con ironía, porque hoy día todos los valores son valores bursátiles”. Es una forma de decir que lo económico está por encima de todo, con el peligro de que se pervierta radicalmente la escala de valores, ya que donde todo tiene un precio se corre el peligro de que nada tenga verdadero valor.

Pensemos en las distorsiones que ese hecho introduce en el ámbito de la cultura: lo que se ha llamado “la filosofía del escaparate”, el fenómeno de la publicidad, con los lavados de cerebro que produce, el de la esclavización que, de alguna manera, se impone a un número importante de sujetos, por las modas colectivas, las persuasiones anónimas que se ejercen, el totalitarismo de tantos recursos que se proponen, sencillamente, convertir a los humanos en meros consumidores...

Otro de los aspectos negativos importantes de la actual cultura dominante es el individualismo exacerbado que pone al sujeto individual en el centro de la realidad, convierte a cada sujeto en medida de todas las cosas y pone la autorrealización en el mundo como finalidad absoluta para muchas personas.

Junto a estos datos innegables, probablemente justo porque una cultura así deja profundamente insatisfecho al hombre, todo ello ha originado un profundo desencanto en relación con la modernidad, desencanto que, a todo lo largo del siglo XX suscita una amplia reacción contra él. Leonardo Boff escribía hace poco: “Hasta los grandes empresarios se preocupan ya de espiritualidad”. Y observaba la existencia de una demanda, cada vez más universalmente extendida, de valores no materiales, de una redefinición del ser humano como un ser en busca de sentido plenificado y de unos valores capaces de inspirar profundamente la vida.

### 3. FORMAS MÁS IMPORTANTES DE ESPIRITUALIDADES NO RELIGIOSAS

El fenómeno de las espiritualidades laicas se distingue por la variedad de sus formas y por el carácter de “búsquedas” que casi todas ellas se ven.

Su primera forma es la que se basa en lo que podríamos llamar “experiencias de trascendencia”, prácticamente accesibles a todos los sujetos.

Son episodios, generalmente breves, de contacto con realidades, o con aspectos de la realidad, que superan las formas de conciencia vigentes en la vida ordinaria. Uno contempla sencillamente el cielo estrellado, una noche que la contaminación lumínica lo permite y, en determinadas circunstancias siente que es -como decía Kant- una de las cosas que pueden producir una mayor impresión en el ser humano. Hay relatos espléndidos de alpinistas, como Herzog en su escalada del Annapurna, que han vivido experiencias extraordinarias que son un ejemplo típico de tales experiencias. Cabe también remitir a algunas de las experiencias vividas y narradas por Saint Exupéry en contacto con el desierto. Otros lo han vivido en plena mar abierta o en medio de una selva virgen. En todas ellas se trata de momentos en los que los humanos han percibido sencillamente que el mundo es más que mundo y que no se agota en los datos que de él obtenemos por el testimonio de los sentidos.

Eloy Sánchez Rosillo, un excelente poeta contemporáneo ofrece una de las mejores versiones que yo he leído de lo que es una experiencia de trascendencia:

No se puede prever. Sucede siempre  
cuando menos lo esperas. Puede pasar que vayas  
por la calle, deprisa, porque se te hace tarde  
para echar una carta en correos, o que  
te encuentres en tu casa por la noche, leyendo  
un libro que no acaba de convencerte; puede  
acontecer también que sea verano  
y que te hayas sentado en la terraza  
de una cafetería, o que sea invierno y llueva  
y te duelan los huesos; que estés triste o cansado,  
que tengas treinta años o que tengas sesenta...

Resulta imprevisible. Nunca sabes  
cuándo ni cómo ocurrirá.

Transcurre  
tu vida igual que ayer, común y cotidiana.  
"Un día más", te dices. Y de pronto,  
se desata una luz poderosísima  
en tu interior, y dejas de ser el hombre que eras  
hace sólo un momento.

El mundo, ahora,  
es para ti distinto.

Se dilata  
mágicamente el tiempo, como en aquellos días  
tan largos de la infancia, y respiras al margen  
de su oscuro fluir y de su daño.

Praderas del presente, por las que vagas libre  
de cuidados y culpas. Una acuidad insólita  
te habita el ser: todo está claro, todo

ocupa su lugar, todo coincide, y tú,  
sin lucha, lo comprendes.

Tal vez dura  
un instante el milagro; después las cosas vuelven  
a ser como eran antes de que esa luz te diera  
tanta verdad, tanta misericordia.  
Mas te sientes conforme, limpio, feliz, salvado,  
lleno de gratitud. Y cantas, cantas.

*La Luz - Eloy Sánchez Rosillo... (Las cosas como fueron)*

Es una preciosa descripción poética de lo que probablemente todos hayamos experimentado en alguna ocasión, porque, como he dicho, son experiencias que están realmente al alcance de todas las personas. Contemplando la naturaleza, contemplando alguna obra de arte verdaderamente importante, en el seno de una experiencia ética auténtica, en las relaciones interpersonales vividas con suficiente profundidad... Lo importante es que, cuando un sujeto ha hecho una experiencia de trascendencia ya ha caído en la cuenta de que el mundo de lo material, de lo físico, no es todo; a partir de esa toma de conciencia su mentalidad se ha abierto más allá y ya no es raro que esa dimensión de trascendencia que ha descubierto en la realidad, le habite y que le acompañe el resto de su vida dotándole de una especie de familiaridad con la dimensión espiritual.

- Otra de las formas frecuentes es la que monifiestan numerosos filósofos que, sin ser creyentes y distanciándose claramente de toda fe y de toda Iglesia, piensan que el no ser creyente o el ser ateo no tiene por qué castrar su dimensión espiritual, y que dan muestras en sus escritos de estar familiarizados con su ejercicio.

En Francia hay dos o tres autores que constantemente están insistiendo en este aspecto. Precursor de todos ellos fue A. Camus que escribió que el mayor problema es si se puede ser santo sin Dios. André Comte-Sponville, ha escrito: *la vida del espíritu, especialmente en su relación con el infinito, con el absoluto, con la eternidad, eso es espiritualidad. Cuando esa relación es objeto del pensamiento conceptual estamos en lo que se llama metafísica, cuando es objeto de una práctica estamos en lo que se llama espiritualidad.*

Conviene precisar que para él, absoluto, infinito, eternidad, no se refieren, de ninguna manera a lo que los sujetos religiosos llamamos Dios, sino “al todo de lo que existe”, entendiendo por “todo” al mundo. No se trata pues de ninguna forma de trascendencia, sino de una inmanencia inagotable que nos contiene, que nos supera, de la cual, en realidad, formamos parte y que por tanto no nos trasciende. Se trata de “un todo sin Dios”, pero que le permite afirmarse espiritual, sujeto de experiencias espirituales y en algún caso, como él cuenta en un libro que se llama “La espiritualidad del ateísmo”, vivir una experiencia mística. Aunque analizado con detenimiento su relato, muestra que lo que él describe muy hermosamente como una experiencia mística, no es otra cosa que lo que hemos llamado una experiencia de trascendencia como las que acabamos de describir.

Luc Ferry, otro autor francés, en un libro traducido al castellano, “El hombre-Dios o el sentido de la vida”, tiene una visión de las cosas muy parecida. En su obra habla mucho de trascendencia y repite bastante la referencia a “lo sagrado”, si bien tiene poco que ver con lo que los historiadores de la religión han llamado “lo sagrado” a lo largo del último siglo; se trata de trascendencias menores, horizontales, históricas, expresivas de la profundidad de la inmanencia... trascendencias sin un trascendente que el sujeto tenga que reconocer como ajena a él mismo.

- Marcel Gauchet –uno de los autores que más han escrito y con una gran autoridad sobre el proceso de secularización- describe al final de su obra “El desencantamiento del mundo”, una serie de hechos, que perviven tras la salida social de la religión, como el orden de lo estético, el pensamiento y la experiencia de sí mismo la experiencia de lo indiferenciado, etc. que él identifica como “lo religioso después de la religión” y que también podría identificarse como otras tantas formas de experiencias de lo espiritual, tras la pérdida de vigencia social de la religión.

Otro bloque de espiritualidades parareligiosas está constituido por los fenómenos comprendidos en el confuso Movimiento conocido como “Nueva Era”.

La matriz de todas sus formas es la situación de mutación cultural, de cambio de paradigma que ellos expresan en términos esotéricos, como “paso de la era de Piscis - en que se ha desarrollado el cristianismo y lo que ellos llaman sucedáneo secularizado del cristianismo, que es la modernidad -, a la era de Acuario, definida por los rasgos propios de la postmodernidad. Pasando de las imágenes zodiacales a los rasgos con que se las identifica, la era Piscis es la época en que predominan el concepto, las ideas claras y distintas, el análisis, la división, las dualidades sujeto/objeto, materia/espíritu, sagrado/profano, divino/humano y, por tanto, las oposiciones y las confrontaciones; una era con la mentalidad, la sensibilidad y el imaginario racionalista, explicativo y dominador que predomina en las grandes producciones de la modernidad. La era Acuario, en cambio, la del hombre del agua capaz de apagar toda la sed acumulada, del agua que fluye y lo penetra todo, la de la matriz de la vida y la madre tierra, es una era en la que predomina la conciencia global y totalizadora, el pensamiento, la síntesis, la superación de los dualismos y las oposiciones.

La espiritualidad de la “Nueva Era”, en cualquiera de sus dos formas, aparece centrada sobre todo en el desarrollo y potenciación de las propias energías orientadas, por encima de todo, a la autorrealización del sujeto, mediante el cultivo de experiencias de la interioridad, la dilatación de la conciencia, la superación de las oposiciones, el establecimiento de una nueva alianza con la naturaleza... que trata de conseguir un estado de ánimo integrado, perfecto, armónico, equilibrado y feliz; y conseguir la conciencia de la unidad y la integridad universal.

Se trata de corrientes que utilizan con frecuencia el vocabulario religioso en todos sus textos, pero que, a un análisis más detenido se muestran como “religiones sin Dios”. Curiosamente, el número de la revista francesa “Esprit” que trataba de describir la situación religiosa de los años noventa, llevaba como título: “Religiones sin Dios”, porque las formas de religiosidad que enumeraba constituían espiritualidades con rasgos externos con apariencia religiosa pero en las que Dios no ocupa ningún lugar. No es el momento de ofrecer una evaluación de esas formas de espiritualidad. Me contentaré con recordar el que ofrecía un historiador francés de las religiones, de apariencia religiosa, Michel Meslin: *Esa nebulosa de técnicas y terapias, de creencias sumarias tomadas de diferentes religiones es un reflejo singular de nuestra época y sus desgarros, contradicciones y locas esperanzas; espejo que agranda las tensiones de hoy. La “Nueva Era” conduce desgraciadamente al individuo por el camino de su propio errático vagar. Al privar a Dios de toda alteridad, afirmando que las diferencias entre el hombre y el absoluto divino son ilusorias o secundarias, al predicar el centramiento en sí mismo por medio de prácticas psicósomáticas, “Nueva Era” incita al ser humano a penetrar en un mundo fusional cuya trascendencia inmediata alaba y que le permitiría fundirse en una totalidad que presenta como el culmen de la sabiduría y la verdad pero que en realidad no es más que ilusión.*

- Una última familia espiritual ajena a la religión, y a mi modo de ver, más importante, es la espiritualidad que podría llamarse del “humanismo laico, no religioso”.

Aparece claramente identificable en muchas de las encuestas que vienen haciéndose sobre los valores en Europa. Aparece descrita con precisión, en la encuesta sobre jóvenes que, periódicamente, viene publicándose desde hace mucho tiempo en España; en una de sus últimas entregas se señalaba la existencia de dos grupos, los más numerosos, los “no religiosos humanistas”, 33% de los jóvenes, y los “católicos autónomos” que representaban el 32,9%. El perfil de estos dos grupos muestra que los primeros no son ciertamente religiosos, y los segundos, manteniendo algún vínculo con lo religioso están lejos de toda referencia eclesial. Para estos últimos, ser considerado persona religiosa no significa que haya que seguir las normas de la Iglesia ni pertenecer a ella; no es necesario creer en Dios, ni rezar, ni tener que realizar práctica religiosa alguna; ser religioso significa ayudar a los necesitados, ser honrados, preguntarse por el sentido de la vida... Para ellos, la religión se identificaría con el humanismo; se ha convertido en una espiritualidad de carácter ético que comporta el altruismo y el ejercicio de la solidaridad; en un humanismo no apoyado en el reconocimiento expreso de la trascendencia. Ser religioso, por tanto, significa para ellos reconocer una serie de valores, vivir de acuerdo con ellos, o lo que es lo mismo, vivir una determinada espiritualidad centrada en una determinada manera de vivir la condición humana que se disingue por un fuerte sentido ético.

No faltan en la filosofía del siglo XX filósofos que constituyen un precedente de stas corrientes. Ortega y Gasset, por ejemplo, escribía *todo hombre que piensa que la vida es cosa seria es un hombre de carácter religioso*. Wittgstein, tan influyente escribió: *creer en un Dios quiere decir comprender la pregunta sobre el sentido de la vida, creer en un Dios quiere decir que con los hechos del mundo no basta. Creer en Dios es decir que la vida tiene un sentido*.

Es evidente que, cuando nos fijamos en este último tipo de espiritualidad de cuño ético, nos encontramos ya con una forma de vivir, de ser y de pensar que no está lejos de la forma de pensar y de vivir de algunas religiones, en concreto de la cristiana.

Recordemos, por ejemplo, la definición que ofrece de religión la Carta de Santiago, un texto canónico: *La religión auténtica y sin tacha a los ojos de Dios Padre consiste en socorrer a huérfanos y viudas en la tribulación y guardarse íntegro en el mundo*. En la misma dirección apunta la parábola contenida en Mateo 25, en la que Jesús narra que quienes se han encontrado realmente con el en la vida son los que han dado de comer, de beber... Daría la impresión, por tanto, de que estamos en una espiritualidad que parece contener lo fundamental del cristianismo; trataré de decir enseguida que, a mi modo de ver, se trata de una espiritualidad ciertamente noble, pero que no se puede identificar con la cristiana.

- Me refiero ahora, muy brevemente, a una nueva forma de espiritualidad que actualmente está teniendo mucho auge en Europa y que, además, se está extendiendo considerablemente entre personas expresamente cristianas, miembros incluso de la vida consagrada.

Son bastantes los autores espirituales de nuestros días que, partiendo de una distorsionada idea de la religión, que la sitúa en el terreno de los mitos; la declara dependiente de una comprensión dela revelación como manifestación de verdades tenidas por sobrenaturales y, por tanto, absolutas e inmutables; e identificada con la institución social que la representa socialmente; y atribuyendo a la religión las tendencias al dogmatismo, el dominio sobre las conciencias y la consiguiente generación de violencias, afirman que la época, la cultura o el paradigma al que la religión pertenece ha sido

superado y que en la nueva era en la que ha entrado la humanidad esa religión está llamada a ser sustituida por la espiritualidad. La espiritualidad que proponen vendría a ser lo que José Antonio Marina llamaba, refiriéndose a la ética un “vástago parricida de la religión”, es decir una realidad que ha nacido en su interior, pero que está llamado a eliminarla.

La espiritualidad propuesta como última era de la humanidad es una espiritualidad centrada, sobre todo, en el interior del propio sujeto, en el cultivo de su interioridad, una interioridad que coincide en su último fondo con el absoluto. La “nueva” visión que inspira estas espiritualidades es en realidad muy antigua. Está perfectamente descrita en el brahmanismo advaita hindú, para el que el camino de la salvación consiste en la toma de conciencia de la situación de *maya* o ilusión en la que vive la conciencia ordinaria y su superación a través del camino del *yoga*, hasta llegar a la “realización” de que mi *atman* es *Brahman*, *Brahman* es todo o “*Tú eres eso*”. Lo personal en esa visión de la realidad pertenecería al orden de la ilusión en el que reina la dualidad y tiene que ser superado por el abismamiento, la fusión o la unidad en lo absoluto.

Tal visión de la espiritualidad me parece difícilmente compatible con la comprensión bíblica y cristiana de Dios, el hombre y la relación constituyente, originante que el Dios creador mantiene con la creación y a la que el ser humano responde con la actitud creyente, que siendo enteramente original se deja expresar de la manera menos inadecuada en términos de relación interpersonal. Ni el Evangelio de san Juan ni los textos de los místicos cristianos – más allá del lenguaje neoplatónico en que con frecuencia se expresan – a los que remiten soportan a mi entender una interpretación que suponga la evacuación de la condición personal característica de la “condición divina” y de la condición humana tal como la viven y la entienden las religiones “proféticas”. Por otra parte, estoy convencido de que una recta comprensión de la “Trascendencia en la inmanencia” característica de la comprensión religiosa de Dios, no se deja comprender adecuadamente ni en términos dualistas, ni en términos “no dualistas”, porque supone una forma de relación que trasciende la relación, dualista o no dualista, que rige entre las realidades intramundanas.

#### 4. ESPIRITUALIDADES RELIGIOSAS: RASGOS COMUNES

Las espiritualidades religiosas se dan en todas las religiones; no hay religión que no genere o suponga una espiritualidad.

Podríamos decir que lo característico de todas las espiritualidades religiosas es que son espiritualidades teónomas, es decir, que, todas, hacen referencia a Dios.

A mi modo de ver, donde quiera que haya religión, se da la referencia a lo que un historiador de las religiones llamaba, de la forma más vaga y más genérica, un *prius* y un *supra*, algo anterior y algo superior al ser humano. Ese *prius* y ese *supra* se expresan de formas muy diferentes; por ejemplo bajo la forma de Brahman, o la de Yahvé, o el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, o Alá en el Islam... Pero la “condición divina” que expresa la categoría interpretativa del “misterio” contiene siempre estos tres rasgos fundamentales:

- Se trata siempre de la *Presencia de la más absoluta trascendencia en el fondo de lo real y en el corazón de la persona*. Trascendencia significa que el sujeto solo entra en relación con él trascendiéndose a sí mismo. Trascendente quiere decir que, el Misterio no puede ser objeto de ningún acto humano. El hombre no puede verlo, por eso todas las tradiciones dicen que *Dios es invisible*; no puede convertirlo en objeto de su pensamiento. San Agustín decía: *¿Has comprendido? Pues eso no es Dios*. Porque Dios supera la capacidad de todas las facultades humanas.



- Esto no quiere decir, sin embargo, que el Misterio, Dios, por ser absolutamente trascendente viva en la más absoluta lejanía en relación con el mundo y con el hombre.

Precisamente por ser absolutamente trascendente está íntimamente presente en todo lo que existe; es lo que hace ser a todo lo que es, es lo que está –diríamos en unos términos frecuentemente utilizados- “dando el ser a todo lo que es”. El cristianismo, por ejemplo, que dice que *a Dios no le ha visto nadie jamás* y que *habita en una luz inaccesible*, nos dice también que *en él vivimos, nos movemos y existimos*. No cabe cercanía mayor; no es que él esté en nosotros, sino que *nosotros vivimos nos movemos y existimos en él*. Dios, resume admirablemente san Agustín: *Es más elevado que lo más elevado de mi mismo; más íntimo a mí que mi propia intimidad*.

Cuando nos preguntamos qué forma de ser se parece más a lo que esta realidad es para los sujetos religiosos, nos encontramos con la paradoja de que no hay ninguna palabra aplicable a cualquier ser mundano que se le pueda aplicar. Cuando el catecismo que yo estudié hace muchos años, decía que *Dios es un ser infinitamente bueno, justo, poderoso...* no se hacía justicia a lo que es Dios; Dios no es *un ser*; si así fuera sería una parte de la totalidad de lo real que yo soy capaz de pensar cuando pienso el ser, y Dios está más allá de la totalidad de lo que yo soy capaz de pensar; eso significa que es absolutamente trascendente.

¿Cómo llamar entonces a esta realidad? Tan original es la realidad, que el nombre “Dios”, que es el más genérico para referirse a ella, no es un nombre común que se refiera a una realidad de la que quepa hacerse una idea. Dios es un nombre propio, del que el sujeto se sirve para invocarlo, porque Dios mismo, siguiendo la tradición bíblica, se lo ha ofrecido al hombre para que éste pueda invocarlo y así entablar una relación personal con él.

Para dar un nombre a una realidad tan original como ésta, muchos venimos utilizando una palabra, un sustantivo enteramente original, “Presencia”. Ese Dios, que es absolutamente trascendente y que es inmanente a nosotros es Presencia. Presencia no designa un ser, sino una modalidad del ser. Esta modalidad no se da en los objetos mundanos; las cosas no me están presentes, no se da siquiera en unos para con otros más que en determinadas condiciones.

Presencia es una modalidad de existencia que se caracteriza por ser lo que existe dándose, haciéndose presente, comunicándose, en un acto permanente de comunicación. De hecho en el Antiguo Testamento, Dios no es, como nos hemos figurado, utilizando categorías griegas, el Absoluto; Absoluto significa lo que está separado de todo lo demás; pero el Dios del Antiguo Testamento no está separado sino que, por el contrario, siempre aparece referido al hombre, es *el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob...* es el Dios de un pueblo, *yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo*. Es un Dios referido permanentemente a todo lo que existe haciéndolo ser, y al pueblo al que elige y al que quiere salvar.

Dios es Presencia y por eso, el sujeto cuando se trasciende a sí mismo para entrar en relación con él, no llega a un estado de fusión con el Absoluto, sino que llega a un estado de encuentro con esa Presencia que se le ha adelantado haciéndosele presente y al que el sujeto reconoce en la actitud teologal, que es la forma de referirse el sujeto creyente a Dios; es, justamente, el acto por el que el hombre, al mismo tiempo que va más allá de sí mismo, en ese entregarse, cae en la cuenta de que no cae en la nada, en el vacío, no se pierde, sino que cae en los brazos de Dios, en ese encuentro enteramente peculiar que llamamos el encuentro de la fe.

- La espiritualidad religiosa tiene su fundamento en la fe.

En el centro de esa religiosidad está el reconocimiento de Dios como Dios, con lo que ese reconocimiento tiene de transcendimiento perfecto del hombre de sí mismo; de “descentramiento” del hombre de su yo. Por ser Dios el que está dando el ser al hombre y la meta de su vida, descentrarse en él no es perder la vida, sino encontrarla plenamente, encontrar su centro en aquel que en realidad lo está siendo permanentemente con su Presencia originaria. La actitud teológica, con distintos nombres en las distintas tradiciones religiosas, es una actitud en la que el sujeto vive saliendo más allá de sí mismo y al mismo tiempo realizándose de la manera más íntimamente personal.

En el ámbito de las espiritualidades religiosas, la espiritualidad cristiana se caracteriza por estos rasgos peculiares:

- El primero tiene que ver con la peculiaridad del Bíblico. Es, como acabamos de decir, un Dios en relación permanente con los sujetos a los que quiere salvar; Es un Dios en acto permanente de darse a conocer, incluso de darse personalmente.

En el cristianismo, el Dios bíblico aparece haciendo culminar esa Presencia en la presencia personal de Jesús, de manera que Jesús es el rostro mismo de Dios vuelto hacia nosotros; es la imagen visible del Dios invisible. Esto no significa que Jesús desvele el misterio de Dios, lo revela como misterio; Jesús es el sacramento de nuestro encuentro con Dios. En la visibilidad de su vida, sus actitudes, sus palabras la fe nos permite entrar en relación con el misterio de Dios. Y esa visibilidad consiste en existir para los demás, en su pro-existencia, en la entrega de sí mismo por amor que revela al Dios que es amor, al Dios que tanto amó al mundo que entregó a su hijo para que los hombres se salven por él.

La revelación bíblica y la revelación en Cristo contienen otro rasgo, estrechamente ligado al primero. El Dios de la Biblia es un Dios que, cuando los profetas o Moisés, piden ver su rostro, se encuentran con que tiene el rostro vuelto hacia los humanos, tiene sus oídos vueltos hacia el clamor de su pueblo; el Dios de la Biblia es un Dios que ha tomado partido por los pobres, no es indiferente a la injusticia, la suerte del Dios bíblico se juega en la lucha contra ella; ha ligado sus derechos a los de los pobres; ha puesto su gloria en que el ser humano viva, en que el pobre viva. De ahí que la fe en él comporte la práctica de la justicia, y que el conocimiento de ese Dios se concrete en la práctica del derecho y la justicia. Como dice el texto sumamente expresivo de Jeremías: *Practicaba el derecho y la justicia y todo le iba bien; defendía la causa del humilde y del pobre y todo le iba bien; eso es lo que significa conocerme, oráculo del Señor.* Conocer a Dios, en el sentido bíblico, creer en él, no significa saber teóricamente sobre Dios; es hacer suya en la relación interhumana la condición divina de ser dándose en el amor y el servicio a los demás y especialmente al humilde y al pobre.

- Si el Dios del Antiguo Testamento se revela personalmente en Jesús, la espiritualidad del cristiano, centrada en el reconocimiento de ese Dios en la actitud teológica, sólo se hará efectivo en el seguimiento de la vida de Jesús, revelación definitiva de Dios.

Creer en Jesucristo es, como dicen los cristólogos hoy día, seguirle, y seguirle es adoptar su forma de vida. Jesús ha podido ser definido como el hombre para los demás y su vida, como una vida entregada; por eso la entrega a los demás forma parte de la forma de vida de la espiritualidad cristiana; y la ineludible dimensión mística de la espiritualidad cristiana, su condición de experiencia personal del Dios presente en él, reviste en el cristianismo esa peculiaridad que algunos teólogos han calificado como “mística de ojos abiertos,” a la situación de injusticia y pobreza y “mística de la compasión” hacia sus víctimas.

## **5. ASPECTOS DE LA SITUACIÓN ACTUAL QUE RECLAMAN NUEVAS FORMAS DE REALIZACIÓN DE LA**

## ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Voy a referirme ahora, aunque solo sea de una manera rápida y alusiva, a lo que en realidad tenía que haber ocupado un lugar central en mi exposición: cómo realizar esta espiritualidad cristiana en una situación como la nuestra que se caracteriza, en primer lugar, por ser una situación de cierto eclipse de Dios, de cierta ausencia de Dios, ya que vivimos *en una cultura de la ausencia de Dios*. Una cultura en la que puede decirse literalmente, que *Dios brilla por su ausencia*.

¿Cómo vivir la espiritualidad cristiana, referida a Dios como centro de esta espiritualidad, en una situación de ocultamiento de Dios, como el que vivimos? A mi modo de ver, lo primero que hay que hacer, cuando caemos en la cuenta de esta situación y comprobamos la enorme dificultad que supone para nosotros, es relativizar esas descripciones de la situación como “situaciones de ausencia de Dios”. En realidad, no podemos decir que Dios se ausente del mundo; si fuera así, el mundo dejaría de existir: *les retiras tu aliento y vuelven al polvo*, dice el Salmo, refiriéndose a todos los vivientes; S. Juan de la Cruz decía refiriéndose a Dios, “*No eres tú extraño a quien no se extraña contigo ¿cómo dicen que te ausentas tú?*”

Somos nosotros, los que podemos ausentarnos de Dios poniendo obstáculos en la relación con él; y cuando toda una generación se aleja de esa Presencia, la oculta, le pone obstáculos con su forma de vivir... Dios desaparece porque desaparece el testimonio de su presencia. Dios no se aleja, somos nosotros los que nos alejamos de él.

Pero habría que añadir que, cuando determinadas situaciones de lo que llamamos “alejamiento de Dios”, puede que no sea una tragedia para el creyente. Es posible que, un alejamiento como el que estamos viviendo en nuestro tiempo, sea una situación de la que puede salir purificada y fortalecida la verdadera espiritualidad cristiana. Porque, lo que llamamos “la ausencia de Dios” es, en buena medida, la desaparición de determinadas imágenes de Dios que hemos ido creándonos a lo largo de la historia y que a veces hemos tomado por Dios mismo.

Por ejemplo, ¿quién, que se haya asomado a la filosofía, no ha pensado que cuando habla de Dios, está hablando del Ser supremo, de la Causa primera, del Ser necesario, del *ens a se*, *el ser que existe por sí mismo* ? Pero cuando pensábamos así a Dios en nuestras filosofías de no hace tanto tiempo, con frecuencia Dios se convertía para nosotros en la causa explicativa de la totalidad de lo real que nosotros mismos pensábamos. Dios formaba parte de esta totalidad de lo real como su causa, como su primer principio. Quien definía esa totalidad de lo real éramos nosotros mismos, lo que quiere decir que el Dios de los filósofos, o el Dios, como lo han llamado otros, de la ontoteología, de la visión de la realidad que veía en Dios el ser primero, era una imagen creada por el hombre sobre Dios en la que el hombre definía lo que tenía que ser Dios. Por tanto, era un Dios a la medida del hombre, a la medida del pensamiento filosófico del ser humano.

Pascal, que había pensado en Dios durante mucho tiempo a lo largo de su vida, se dio perfecta cuenta de ello cuando tiene una experiencia de Dios y deja escrito lo que vivió en una página formidable –su “Memorial”–: , El año de gracia de 1654, lunes, 23 de Noviembre ... *Desde aproximadamente las diez y media de la noche, hasta aproximadamente las doce y media. Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no el Dios de los filósofos y de los sabios*. Cuando se cae en la cuenta de quién es Dios, el Dios que nos hemos creado con nuestra razón cae sencillamente por su falta de peso. Curiosamente es posible que el mismo San Tomás haya pasado por una experiencia así. Dice un biógrafo suyo que, después de haber escrito su grandísima Suma Teológica, volvía una noche de la capilla en la que había estado orando, repitiendo: *todo lo que he escrito es como paja*. Había vivido una cierta

experiencia de Dios en la oración y todo lo que había escrito desde la perspectiva teológica, pero muy influida por la filosofía del momento, le parecía sin fuste alguno.

El que este Dios se haya venido abajo y el que hoy día no utilicemos a Dios para dar una explicación de lo real es una ventaja porque podemos ponernos a pensar en Dios como Dios, el absolutamente trascendente a nuestro pensamiento.

Durante mucho tiempo, la piedad, una piedad ingenua, se ha referido a Dios como el que todo lo puede, el recurso último para las necesidades humanas... En aquellas cuestiones a las que no llegaban las fuerzas humanas, se acudía a Dios para que viniera a darnos lo que por nuestros propios medios no podíamos conseguir. De nuevo una desfiguración total de Dios que, una vez desaparecida, hace posible que podamos entrar en relación con él. Comentaban los místicos diciendo que Dios era “nada”, lo cual no significaba para ellos que no existiera, sino que “no era nada de todo lo que existe”. Por eso la relación con él tenía que establecerse de una forma enteramente distinta a como se establece la relación con los demás seres.

Podríamos añadir una imagen de Dios que se nos ha venido abajo y que abre el camino a nuevas formas de relación con él, más conformes con lo que Dios es. ¡Cuántas veces hemos dicho que Dios es un Ser poderosísimo, inmenso, eterno...! Yo he observado que, cuando hablamos de Dios, la mayor parte de las veces damos por supuesto lo que ese sustantivo significa y luego tratamos de enriquecerlo con toda clase de calificativos, inmensamente, infinitamente bueno, poderoso, etc.; damos por supuesto que Dios es, frente al hombre, frente al mundo, más allá de los límites del mundo... un ser como nosotros aunque mucho mayor. A esto llamaba Kierkegaard “el cristianismo infantilizado”, y Rahner “un cristianismo vulgarizado”, es decir, puesto al alcance de personas que no han desarrollado suficientemente lo que significa la palabra Dios.

Si alguien preguntase ¿cuándo llega una persona a entrar en contacto con Dios de manera que le permita relacionarse de verdad con él?, yo le respondería preguntándole ¿qué significa Dios para ti? Si su respuesta fuera, “es un ser cuya naturaleza...”, podemos estar seguros de que la relación de esa persona con Dios es sumamente pobre, que no ha desarrollado ni el aspecto teológico ni el aspecto espiritual del cristianismo. Cuando el Padre Foucauld entró en contacto verdadero con Dios, decía: *desde que conocí a Dios, supe que ya no podría vivir más que para él*. él sí había conocido a Dios, sí había entrado en contacto con él, y lo que dice no es otra cosa que lo que dice el Nuevo Testamento: entrar en contacto con el Reino es *encontrar la perla preciosa, encontrar el tesoro escondido*, es decir, lo que vale de tal manera que, frente a ello, se puede dar todo lo que se tiene, incluso con alegría. Cuando san Francisco se encuentra con Dios, ora diciendo: “Dios mío, todas mis cosas”

Por estos caminos iría una espiritualidad cristiana que respondiese a esa situación de ausencia de Dios. Cabría también pensar cómo tiene que ser la espiritualidad de los cristianos en tiempos como el nuestro de imperio de una injusticia generalizada y de extensión de la pobreza en el mundo; o como tiene que ser en el mundo globalizado y religiosamente pluralista que es el nuestro. No es posible hacerlo ahora. Pero, no quiero dejar de referirme a una de las deficiencias más notables de la espiritualidad cristiana: la de haberla concebido muchas veces, sobre todo en relación con los laicos, identificándola con las prácticas religiosas; las prácticas devocionales; el cumplimiento de unas normas de vida y la aceptación de unas creencias. En esa forma de entender lo espiritual nos parecía que el resto de la vida quedaba al margen de la espiritualidad y de la fe cristiana, con lo cual, la vida seguía su curso y, si acaso, era influida desde fuera, por la buena intención con que hiciéramos todas esas cosas y ofreciéndoselas a Dios al comienzo de nuestra jornada.

Como no tengo tiempo de desarrollarlo, os invito a que leáis “El Medio Divino”, el librito del Padre Teilhard que estuvo en boga hace años y que ahora ha desaparecido, aunque sigue mereciendo ser leído; es una lectura que os va a resultar tan gratificante que me lo agradeceréis. Teilhard parte del hecho de que toda nuestra vida está inserta en Dios, en “el Medio Divino” y, por tanto, discurre en su Presencia y está orientada a Él; “toda nuestra vida” significa todas nuestras actividades, todo lo que hacemos, la profesión, la vida familiar, las tareas de cada día... Ser espiritual cristianamente no es solo orar, celebrar los sacramentos... sino vivir todo en Dios. “Ya comáis, ya bebáis, hacedlo para gloria de Dios”, decía san Pablo. De ese modo, todas las actividades humanas son fruto de esa espiritualidad cristiana y la acrecientan. Además, después de habernos dicho que “nos santificamos por medio de las actividades de la vida”, el Padre Theillard añade: “y nos santificamos también por medio de las pasividades”, es decir, por todo aquello que, en nuestra vida, nos va poco a poco desgastando, agotando, haciendo sufrir, pero que, si discurre en el Medio Divino, sirve tanto como las actividades para aproximarnos a la realización del proyecto que ese medio divino en el que estamos inmersos otorga a toda nuestra vida.

*Muchas gracias*

## DIÁLOGO

**P.** *En primer lugar mi agradecimiento por la exposición. Veo puntos de contacto y también ofrece a nuestra vida. dudas en la relación del cristianismo con las religiones orientales. ¿Cómo entender la relación dualidad y no dualidad? También Jesús en el evangelio afirma que "el Padre y yo somos uno". Me han parecido interesantes las nuevas formas que ha presentado de vivir la transcendencia en estos momentos.*

**R.** A lo que yo me he referido es a algunas otras corrientes que, inspirándose sobre todo en la filosofía *advaita*, no dualista, del brahmanismo, sacrifican -en mi opinión- el carácter personal del Dios cristiano; sabiendo que “personal” es un adjetivo que, como sucede con todo lo que decimos de Dios, no le conviene si se lo aplicamos en el mismo sentido que lo hacemos para nosotros,. A mi modo de ver, sacrifican ese tipo de relación, expresado en lo que llamamos “una relación personal”, y con ello sacrifican lo que a mí me parece fundamental de la religiosidad, de la espiritualidad y de la fe cristiana.

Lo hemos oído con la expresión: *Nosotros somos la ola y Dios es el mar...* Todo puede tener un sentido válido si se toma una metáfora y luego se explica convenientemente; sin embargo creo que es una metáfora peligrosa porque se presenta la relación con Dios como una especie de abismamiento en el fondo de nosotros mismos; y que en definitiva no lleva al reconocimiento personal, como si la unidad ya estuviese realizada y la unidad además nos asumiese de tal manera que nosotros no perviviésemos como sujetos en ella.

A mi modo de ver, no sabemos cómo ha de ser el más allá, pero creo que, la forma cristiana de percibir la relación con Dios, incluso en el más allá, es que seguiremos siendo sujetos para Dios y Dios sujeto para nosotros, mientras que este tipo de posturas parece inclinarse a pensar que, lo transpersonal supera lo personal y del alguna manera lo elimina. Para mí, eliminar lo personal de la relación con Dios es eliminar algo fundamental en la relación Dios hombre en todos sus aspectos: revelación divina, respuesta en la fe, tal como aparece en el Antiguo y Nuevo Testamento.

También pienso que oponerse a estas “nuevas” corrientes de espiritualidad no significa descalificarlas o condenarlas. Se trata de subrayar la necesidad de discernir con cuidado para no ceder al atractivo que ejerce sobre muchas conciencias la necesaria llamada al cultivo de la interioridad. La interioridad humana es una interioridad “convocada”, llamada ala

existencia por la Presencia que la habita. Es indispensable llegar a lo más hondo del propio corazón para ahí escuchar: “buscad mi rostro”. El Dios cristiano no es simplemente el absoluto; es siempre el Dios de alguien; es Dios mío; El dios que se nos revela llamándonos, convocándonos a la existencia y dándonos la posibilidad de responder personalmente e su llamada. De ahí también la estrecha vinculación de nuestra relación con Dios con la relación hacia los hermanos y del amor de Dios con el amor a los otros.